

El Santo Hermano Miguel, fiel discípulo de Cristo

Ricardo Orellana, fsc

Ser fiel y ser discípulo de Cristo se condensa en vivir el estilo de Jesús Nazaret. Y el Santo Hermano Miguel lo hizo desde su realidad personal, viviendo su identidad religiosa y explorando los caminos de verdad y la belleza desde la cátedra y la academia. Desde cada una de estas facetas se abrió totalmente al Dios del amor y a los demás, especialmente a aquellos niños a quienes ayudó a ser más y acercarse a Dios.

En uno de los días de retiro que vivió con sus Hermanos de la comunidad lasallana, por el año 1872, cuando apenas tenía 18 años, el joven Hermano Miguel escribió este hermoso texto que expresa con sencilla belleza, su agradecimiento por haberlo llamado a ser su discípulo:

“La vocación es una copiosa participación, una abundante comunicación del Santo Espíritu que nos induce, fuerte y fervientemente a todas las cosas del servicio de Dios... Debemos pensar a menudo en nuestra vocación y considerar qué bien nos ha hecho el Buen Dios al llamarnos a la vida religiosa, pudiendo muy bien habernos creado como las piedras, las plantas o los animales. Hubiera podido crearnos en medio de salvajes, de padres salvajes, idólatras; pero su bondad es tan grande que ha querido que nazcamos en el seno de la Iglesia Católica, de padres cristianos. ¿Qué he hecho, Dios mío, para ser tan privilegiado? Hubiera podido quedarme con mis padres, en medio de este mundo corrompido, perderme, caer en un abismo de pecados, condenarme; pero ¿Dios mío, por qué me has escogido? ¿Mis compañeros no valías más que yo? ¿No te han ofendido menos que yo? Entonces, ¿por qué los has dejado? ¿Por qué me has elegido? Me has protegido con un seto, luego con un muro espeso. ¿Cómo he correspondido a tanta bondad?” (Retiro de 1872)

Como se puede apreciar, en el corazón del Hermano Miguel había mucho más que el gusto por conocer la doctrina, había el deseo de responder con un estilo de vida, con

una forma de habitar el mundo, de interpretarlo y de construirlo, con una manera de hacer de la vida un lugar más humano, más santo y feliz.

El Papa Francisco desde sus primeros escritos nos habla de vivir “la alegría del evangelio” y renovar el encuentro con Jesús, “o al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por Él, de intentarlo cada día sin descanso”. Y propone tres requisitos para alcanzarlo. El primero de ellos, es quererlo de verdad, es decir, sentir ese deseo por pensar, de sentir como Jesús y de hacer las cosas a la manera de Jesús amando fielmente como Él lo hizo hasta la muerte.

Quizá este texto de nuestro querido Miguel, redactado en su madurez, y que escribe a los niños quiteños del Beaterio, puede ejemplificar lo que acabo de decir:

“Si estamos tristes, vamos a Jesús, Él nos consolará; si nuestra alma está enferma, Él es divino Médico, y nos curará con una mirada de ternura; si somos acosados por nuestros enemigos, refugiémonos en la herida de su amantísimo Corazón, y allí estaremos a cubierto de los dardos de nuestros enemigos, como el polluelo que se esconde bajo las alas de su madre. Si tememos de nuestras debilidades, Él es la fuerza misma... Nuestro Señor Jesucristo promete la gloria del cielo, a los que a nombre suyo, visiten a los presos y consuelen a los tristes; y ¿qué recompensa dará a los que le visitan y consuelan al Él mismo en persona?”

Esta aspiración debemos mantenerla constantemente activa, porque así nos conectamos vitalmente con el deseo de Jesús de enriquecer la vivencia de nuestra condición humana desde su fascinante experiencia.

Para ser discípulo de Jesús debemos añadir a esta primera exigencia, la dedicación por “conocer” profundamente la práctica histórica de Jesús y sus enseñanzas fundamentales. Sin conocer bien sus sentimientos, y sus enseñanzas no se cumplirá en nosotros su deseo de enriquecer nuestras relaciones y todas nuestras vivencias humanas. Pero no es suficiente el conocimiento doctrinal teórico, es indispensable el conocimiento existencial, conocer la existencia histórica de Jesús para nuestra propia existencia histórica. No es cuestión solo de mente sino también y sobre todo de corazón. Permítanme ahora compartir este último texto, que corresponde a dos

estrofas de una poesía, escrito por el Santo, esta vez ya lejos de su tierra natal y ya seguramente preparándose para el encuentro definitivo con Jesús, en la gloria del cielo.

Al dulcísimo nombre de Jesús (Premiá de Mar, 1907-1910)

*Su amante recuerdo
me de tanto aliente,
que viva en mi mente,
que viva Jesús.
Jesús dulzura nuestra
das al corazón dulzura.
clara luz de nuestra mente
de alegría viva fuente.*

*Deseable sin igual
conoced a Jesús todos
y su amor pedid constantes.
A Jesús buscad amantes
Que su busca os haga arder,
Oh Jesús sé nuestro gozo,
sé Tú solo nuestra gloria
pues serás nuestra victoria
en la inmensa eternidad.”*

En el Evangelio de hoy escuchamos que Jesús les proponía con obras (recorrer toda la comarca, curaba a los enfermos, le rogaban que les dejase tocar al menos el borde de su manto, y los que lo tocaban sanaban; hagan discípulos, bautícenlos porque yo estoy con ustedes...) y con palabras (enséñenles a guardar todo lo que se ha mandado...).

Finalmente, para ser fieles discípulos de Jesús activemos la fuerza del Espíritu. Necesitamos su Espíritu Santo, la luz y la fuerza de la vida en el amor sin egoísmos, la vida de los hijos e hijas de Dios, que es la del Hijo Jesús. No es lo mismo conocer las enseñanzas de Jesús como teoría doctrinal sin su Espíritu, que asumirlas como fermento de vida con la luz y la fuerza de su Espíritu. Todo lo referente a Jesús, su persona, su causa, su misión y su Evangelio, y toda la vida de la Iglesia, su autoridad y

misión, así como su liturgia y la vida cristiana, cambian y son cosas muy diferentes si se viven sin el Espíritu Santo, o si se viven con el Espíritu Santo.

Porque, como dice San Pablo: *“Si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, es que no pertenece a Cristo”*. (Rm 8,9). Lo que quiere decir es que *“sin el Espíritu Santo, Dios queda lejos; Cristo permanece en el pasado; el Evangelio es letra muerta; la Iglesia solo es una organización; la autoridad es tiranía; la misión es propaganda; la liturgia es simple recuerdo, y la vida cristiana es una moral de esclavos. Pero con el Espíritu Santo, el cosmos es liberado y gime con el alumbramiento del Reino; Cristo resucitado está presente; el Evangelio es fuerza de vida nueva; la iglesia es comunión trinitaria del pueblo de Dios; la autoridad es un servicio liberador; la misión es un pentecostés; la liturgia es memorial, actualización y anticipación, y la vida humana es divinizada”*. (Ignacio IV de Antioquía, 1986)

Nosotros, como el mismo Jesús, como los primeros discípulos y como el Santo Hermano Miguel, necesitamos su Espíritu para ser de verdad, en nuestros días, verdaderos cristianos y cristianas fieles discípulos de Jesús, fieles seguidores de su vida, su misión y su causa. Que nuestra Santísima Madre, aquella que fue la más fiel y la primera discípula, interceda por nosotros para obtenerlo.